

*Las Piedras**Roberto De la Torre*

Escondido entre los árboles a la orilla del río, Celso Cruz, guardaba su ropa en una bolsa de plástico, como le había indicado el patero que lo cruzaría al lado americano. El murmullo del agua y la luz de la luna, le daban a la noche la dosis de nostalgia, que en el último momento arrepiante a los buscadores de la tierra prometida.

Muy cerca de ahí, trepado sobre un árbol, Felipe Hernández, conocido como El Pipo, tomaba posición con su rifle especial. Lentamente fue dirigiendo el cañón a la zona de "Las Piedras", lugar preferido por los pateros para cruzar indocumentados.

A lo lejos se alcanzaba a ver el resplandor de las luces de Reynosa, que iniciaba una noche más de sus famosos fines de semana en la frontera. Los habitantes y los turistas se conducían ajenos a la muerte que rondaba, con la guadaña al hombro, buscando a su presa por las riberas del Bravo.

Sudoroso, Ramón Garza, caminaba por la brecha rumbo al río, apretando bajo el brazo una bolsa de plástico que escondía entre sus ropas. La luz de la luna le arrancaba un extraño brillo a las cachas de la pistola que llevaba al cinto.

Celso era originario de Martínez De la Torre, un pequeño pueblo de Veracruz, donde había dejado a su esposa y sus tres hijos al amparo de sus padres. Les había prometido mandar dinero cuando empezara a trabajar, como era su sueño, en las grandes ciudades norteamericanas.

El canto de las lechuzas y el ruido de la corriente golpeando las ramas, alteraban a Felipe y un sudor frío le llenaba la frente. Era la primera vez que mataría a un hombre. Jamás había recibido dinero por arrancar una vida. Pero diez mil dólares, tan solo por jalar el gatillo de aquel rifle, eran razón suficiente para hacer ese "trabajito", como él le llamaba.

El agua brillante pasaba danzando bajo el puente. Los turistas cruzaban sonrientes en busca de diversiones, en los pequeños paraísos de Reynosa. Con los grandes anuncios de neón y la música, parecía un mundo sacado de la imaginación. El clásico mundo de la frontera. La otra tierra prometida.

Cuando Ramón escuchó el ruido del agua se puso nervioso y en un acto instintivo llevó su mano a la pistola, acariciando las cachas y simulando una sonrisa que trataba de ocultar el temor que le recorría el cuerpo. Lo esperarían cruzando el río. Entregaría la bolsa y hasta ahí llegaría su compromiso. El pago ya lo tenía, se lo habían dado para convencerlo.

— Vamos para las piedras, mi amigo —dijo el patero en voz baja mientras Celso se ataba la bolsa de plástico a la cintura—. Nos iremos caminando y donde la corriente es más fuerte le ayudo a cruzar. No tenga miedo.

Cuando descendían del bordo del río, las lágrimas inundaron los ojos del veracruzano. Un presentimiento le empezó a golpear el alma. Sintió la presencia de la muerte. El temor de

no volver con su familia le arrancó un suspiro de lo más profundo de su ser y el sudor le llenó el cuerpo.

— Rápido, pariente —lo apresuró el patero—. Ya casi llegamos al nuevo mundo.

Aferrado a las ramas del árbol y con el rifle empapado de sudor, Felipe esperaba el momento preciso para soltar el fuego del pequeño dragón que sostenía en sus manos. Un cigarro "especial", como él decía, lo había tranquilizado.

Al llegar al río, Ramón empezó a caminar sobre las piedras, muy cerca de donde cruzaba Celso en busca de trabajo. La muerte que volaba sobre el río, casi se reflejaba en el agua y se podía decir que su risa se confundía con el aullido de los coyotes.

Mientras tanto, en otro lugar junto al río, muy cerca de Reynosa, los turistas disfrutaban con licor, los ritmos del acordeón y el bajosexta. Así jugaba el destino con la gente de la frontera. La vida y la muerte bailaban sobre el agua plateada del Bravo.

Celso y Ramón caminaban de piedra en piedra, aprovechando lo bajo del nivel del agua, cada quién por su lado, con su tragedia; Cada uno con su bolsa de plástico.

— Hoy en la noche cruzará por las piedras —le habían dicho a Felipe—. Ahí lo esperas y lo matas con este rifle. De nosotros nadie se burla. No podrá disfrutar la mercancía que nos robó.

Poco a poco la silueta del infortunado fue apareciendo en la mira infrarroja del rifle del Pipo. La muerte alzaba su guadaña buscando una cabeza en aquella macabra elección. La cuenta regresiva empezó a golpear el cerebro del asesino. El dedo tembloroso se deslizaba sobre el gatillo, ejerciendo la presión que reclamaba la muerte, para enfurecer a la bestia mitológica que tenía lista la bala.

En Martínez De la Torre, tres niños dormían junto a su madre. Soñaban con los regalos que les traería su padre, cuando conquistara el norte, como les había dicho.

En una casa de San Miguel, una jovencita no podía dormir. Pensaba en la fiesta de quince años que le había prometido su padre, antes de tomar la bolsa de plástico y dirigirse al río.

La música de acordeón y bajosexta, el aullido de los coyotes y el murmullo del agua, se dejaron de escuchar. Una nube empezó a cubrir los rayos de la luna y El Pipo jaló el gatillo. El mensaje de la muerte llegó a su destino y el hombre se dobló cayendo al agua. Llevándose al fondo su tragedia y su bolsa.

Sudoroso, bajó Felipe del árbol y arrojando el rifle al agua, se perdió en la noche corriendo por el monte.

A los pocos días, en San Miguel hubo una gran fiesta de quince años. Bajo el puente de Reynosa, apareció flotando el cuerpo de Celso Cruz, con su bolsa de plástico en la cintura y con la cara mirando al cielo. A ese cielo que miraban sus hijos cuando recordaban a su padre... y los regalos prometidos.